

EL CEDRO DEL PATIO

Aquel cedro era un árbol especial. Alto y robusto, con sus ramas espesas y siempre verdes, abrazaba la casita en la que vivía la anciana. Cada mañana al abrir la ventana de su cuarto, ella cerraba los ojos para escuchar el canto de los pájaros que habitaban sus ramas; ellos piaban felices al descubrir el nuevo día y ella recordaba el pasado e imaginaba las maravillas del futuro. Eso explicaba la eterna y juvenil sonrisa en su cara surcada de arrugas. Desde hacía muchos años vivía con el cedro; ya sus hijos crecieron y se fueron y él la acompañaba día y noche, en verano y en invierno, lloviera o nevase, hiciera sol o agitase el viento sus acículas llenas de vida.

Entre unas ramas del árbol, en forma de acogedora cabaña, hacían su nido y criaban una pareja de tórtolas grises y esbeltas. Ramas más abajo vivían dos mirlos negros con su brillante y parlanchín pico naranja. No se llevaban demasiado bien, ya que, alguna que otra vez, tuvieron discusiones acerca del territorio que ocupaban, pero al cedro le daban un toque travieso y humorístico. Una numerosa familia de pequeños verderones alegraba el ambiente saltando de rama en rama, cazando mosquitos y dando pequeños vuelos para jugar entre sí. También se sumaban con frecuencia unos gorriones saltarines muy amigos de las tórtolas. Por el tronco del árbol trepaba una hiedra de grandes hojas, tan larga que alcanzaba la cúspide del cedro. Allí, en la rama más alta, bien amarrado, había una bolsa de procesionarias, tejido con hilo blanco muy compacto. Con cada ráfaga de viento se balanceaba de forma vertiginosa, sin llegar nunca a soltarse.

Todo esto lo observaba una niña, asomada a la ventana de la habitación donde estudiaba. Nada más acercarse a la ventana, se topaba de frente con el denso y verdoso churretón de mugre del muro del patio de sus tíos; se había formado, gota a gota, por el agua de lluvia que escurría desde la bajada del tejadillo; llegaba hasta el patio de la vecina de la izquierda que, por mucho que se molestaba en pintar la pared de blanco, siempre volvía a encontrarse con el repugnante churrete. Además de esta exquisita decoración del patio, había en el lateral izquierdo otra vivienda, hipotecada desde hacía años, con las ventanas abiertas de par en par, los cristales resquebrajados y las persianas de plástico cuarteadas, medio caídas y roídas por el sol y la humedad. De una ventana a otra había un tendedero oxidado y chirriante; la fachada, con la pintura color salmón agrietada y desconchada, con cables de distintos grosores surcándola... y unas temerosas tejas asomaban por encima de todo esto con intenciones no demasiado claras. Entre este sórdido espectáculo y la masa de tarea y exámenes por preparar, el alma de la niña se arrugaba hasta casi desintegrarse; pero ¡ah!, a su derecha la niña veía el precioso cedro